

igual que con las plantas  
de sus orillas.

Eres una planta más,  
coronada de maravillas  
del agua, que pasa llevando  
el canto que nadie canta.

Tenías quince años,  
maduros  
al sol de los campos,  
y tus juegos aleteaban  
entre los corderillos.

Fiestas azules  
de tus instintos limpios.

Un día sentiste el anhelo  
el anhelo de un hijo,  
y me lanzaste al mundo  
riendo,  
bajo la luz de los árboles,  
temblorosos de frutos.

Al aire libre escuchaste  
el fino latido naciente  
de la risueña simiente  
que iba abriendo caricias  
en tu carne morena.

Desgraciadamente, Nicolás Fusco Sansone, en «Las Preguntas a las cabezas sin reposo», no consiguió sostener ese tono juvenil y espontáneo. Aparece demasiado fragmentario, sin cohesión en el resultado expresivo. Además, su poesía, la mayor parte, es a base de metáforas, muy logradas es cierto, algunas; pero como ha dicho Jean Epstein:

la metáfora fué siempre solo la mitad de la poesía.

La otra mitad es la que falta a ésta de Nicolás Fusco Sansone, sólo por haberse estatuizado en una actitud preconcebida.—A. Troncoso.

## BIOGRAFIA

JERÓNIMO SAVONAROLA, por *Alfredo Galletti*.

Nunca deja de ser actual la figura de Savonarola, no tanto por la actitud que adoptó frente a la República Florentina a la cual pretendió salvar de la corrupción de sus gobernantes, culminando su pasión puritana con el sacrificio de su vida, como por la supervivencia de su moral heroica e implacable que abarca todas las edades y latitudes en un ejemplo perenne de altivez y virilidad. Por ello, resulta oportuna la evocación que de la vida de Savonarola nos hace Alfredo Galletti (1) en los breves cuantos rotundos trazos que constituyen los rasgos biográficos del fraile dominico, tanto más cuanto que aun no nos sacudimos del servilismo espiritual en que nos sumiera la tiranía.

Había en Savonarola tal ardimiento en la pasión de librar a su patria de los malos gobernantes, que a pesar de que en un principio su palabra ruda y encendida fué rechazada por los florentinos refinados por la cultura renacentista, continuó inalterable su prédica hasta que logró interesar a sus oyentes, convirtiéndolos al poco tiempo en sus prosélitos. Su vida, como su moral, poseen, al decir de Galletti, la unidad armoniosa y la fuerza dinámica de una estatua miguel-angelesca.

Savonarola, como el Dante, creyóse llamado por la voluntad divina

(1) Editorial América. Madrid.

para exhortar a los hombres de su tiempo al cumplimiento de sus deberes cristianos, olvidados más por los gobernantes que por el mismo pueblo. El renacimiento de las costumbres paganas en la vida de los gobernantes, y hasta en el propio clero, en un culto casi divino por los placeres materiales, determinó el relajamiento de su autoridad y el abandono de sus deberes para con el pueblo, al cual aherrojaban con la tiranía cada vez que quería manifestarse y hacerse oír. De ahí que Savonarola zahiriera implacablemente el despotismo, afirmando que la fe cristiana no podía vivir sin libertad; a su juicio, sólo comprende y merece la libertad quien vive según el Evangelio. No obstante lo dicho, no debemos representarnos a Savonarola como un fanático cegado por su pasión. Era una naturaleza plástica, y cuando las circunstancias lo exigían, tornábase en un hombre apacible, cauto, como lo prueba el hecho de haber desempeñado admirablemente las funciones de embajador ante la corte de Carlos VIII.

Poseía una amplia concepción política y desde el púlpito exponía las reformas que convenía adoptar para salvar la República. Rara vez salía Savonarola a hablar a la Plaza Pública; era enemigo de las asambleas tumultuarias, donde junto con los rústicos burgueses de las artes mayores y menores, se mezclaba la hez criminal de la ciudad. Tocante a este hecho, refiere Galletti en términos que trascibimos por la justeza con que encajan en nuestro ambiente político: «La tiranía siempre había tenido en los parlamentos

su más válido sostén, y la «vox pópuli» había sido muchas veces la voz, o de un audaz, como el duque de Atenas, o de un grupo de oligarcas complotados en la sombra.»

Y no se contentó Savonarola con las palabras huidizas y susceptibles de interpretaciones, sino que dió a Florencia una constitución política que el pueblo aceptó satisfecho. En ella detalla el engranaje administrativo y político que convenía a la naturaleza del ciudadano florentino. La República de Savonarola fué una república aristocrática en el sentido de que sea una minoría egregia quien tenga el manejo de los asuntos del Estado. El sentido político de la reforma de Savonarola lo manifiesta la gran semejanza que existe entre la república honesta y ordenada que Maquiavello reconstruye idealmente en *Los Discursos sobre la primera Década* y lo que Savonarola instituyó efectivamente en Florencia el año 1495.

Se ha querido presentar a Savonarola como un asceta enemigo de la cultura y del arte; tal acusación; según Galletti, debe ser rechazada, pues numerosos documentos demuestran su falsedad. Savonarola salvó la biblioteca de los Médicis, y la conservó para Florencia y para la civilización; propendió a que los frailes del Convento de San Marcos aprendieran las lenguas orientales y la griega, y él mismo no sólo poseía una vasta cultura religiosa, sino que amó y cultivó la música y la poesía. «Sobre todo,—escribe Galletti—sintieron profundamente la fuerza espiritual y moral que se emanaba de él, Sandro Botticelli y Miguel An-

gel; algo de su grande alma vive en los profetas de la Capilla Sixtina y palpita potentemente en los terrores que inspiraron a Buonarrotti *El Juicio Universal*.

Acusado de herético, cismático y falso profeta, Savonarola fué quemado públicamente después de un proceso ignominioso y en medio del regocijo de las turbas de pasiones tornadizas y primitivas. La palabra profética de Savonarola encontró al poco tiempo rotunda confirmación cuando Lutero proclamó su disconformidad con el clero simoníaco de Roma. Cierto que entre las ideas de ambos hay profunda diferencia: la reforma de Lutero afectó al dogma mismo, en tanto que las ideas propugnadas por Savonarola se referían a la organización y a las costumbres, manteniendo inalterables el dogma y la tradición.

A pesar del tiempo que nos separa de Savonarola y de que sus ideas puedan parecernos inactuales, la evocación que de su vida nos hace Alfredo Galletti rectifica algunos conceptos históricos acerca de su actitud frente a las inquietudes artísticas de los florentinos, y, sobre todo, tonifica nuestros espíritus aclimatados a un ambiente denso de burocracia y de servilismo.—*Milton Rossel*.

## ENSAYO

TRABALENGUAS DE ESPAÑA, por  
*Giménez Caballero E.*

Es preciso prescindir del prurito modernizante de este trabalenguas de España, cuyo título se refiere

más a un accidente formal del libro que a su contenido esencial.

¿A qué conduce este procedimiento desenfadado de tratar problemas serios, a qué esta mezcla consciente de aciertos de observación con datos turísticos sobre hoteles y paseos públicos?

¿A qué finalmente, este trabalenguas (1) (alarde poliglota quizá) cuyo objeto no se advierte, puesto que los artículos más sustanciosos del libro de Giménez Caballero están en castellano?

Yo lo habría titulado *Itinerario Espiritual de España*, ya que las interpretaciones sobre el alma de las diversas regiones de España y sobre algunos de sus problemas literarios, predominan sobre el aspecto práctico, pegadizo que el autor ha agregado a su libro, sólo para darle un aspecto modernista y posiblemente una vez redactados los capítulos fundamentales.

Pero quitado este andamiaje (es sólo cuestión de buena voluntad) resaltan los agudos conceptos sobre España y su literatura y el conocimiento que sobre cuestiones españolas posee su autor.

Giménez Caballero quiere a su tierra natal y lo que es más, la comprende. Su manera de ver nada tiene de anticuado. Es un hombre del Siglo XX y con este criterio enfoca el pasado y el presente de España.

Iníciase el libro con un canto modernista al color de España, Ya Waldo Frank había tocado el punto, al referirse al cielo español. Giménez

---

(1) Edit. Ciap. 1931. España.